

parece infinitamente delicado y útil el que los ojos del niño vean desposeída de su componente pagano la grandeza del acto creador. Finalmente, contribuyó a formar el temperamento de Amiel el ambiente de su cuidad y de su época, empapada de un puritanismo irreducible, peor que el mismo libertinaje. Todo lo que tiene de funesta la revelación prematura, tiene de funesta la prolongación excesiva del misterio.

Amiel se queja, ya en su madurez, del mal irremediable que le causaron la cautela hipócrita y los prejuicios con que fue iniciado. "Este error—cuenta en su diario—me envenenó para siempre la vida". Queja en verdad, tardía, porque el hombre, cuando sale de la pubertad, tienen ya escrito en su vida instintiva el camino inexorable que ha de seguir en el amor. En esta pubertad, que yo he llamado la edad crítica del varón, se modela para siempre el destino sexual futuro. De aquí la delicadeza infinita con que el niño debe ser tratado en los años que rodean a su florecer. A Amiel, como a la mayoría de los hombres, le sirvió de escultor la mano dura y ciega del azar. Y le vemos arrastrar la miseria del tímido hasta los mismo meses que precedieron a su muerte.

**La teoría del tímido.**—Analicemos la categoría del tímido cuya génesis acabamos de ver. La mayoría de los comentadores del diario de Amiel suponen que era un tímido del tipo que hemos descrito. Fue un tímido superior, por supervirilidad, y su diario nos proporciona datos inapreciables para la apreciación de este tipo. Hay tres grupos de datos que nos permiten hacer la distinción entre las dos categorías de tímidos que el juicio ligero de las gentes suele confundir. Uno se refiere a la morfología, otro a la conducta del tímido frente a la mujer y otro a la valorización psíquica de la mujer como complemento del propio instinto. Examinemos rápidamente estos tres caracteres en el caso de Amiel. Por lo que respecta a su morfología, poseyó todos los rasgos de virilidad perfecta y reciamente acentuada. Sabemos, aún cuando sea por conducto de una mujer, "que ya a los veinte años era un guapo mozo". Despojemos de su literatura, no muy elegante, este comentario hecho por una solterona enterneada, y examinemos los retratos que poseemos de él. Uno, a los cuarenta y un años, que nos muestra una cabeza de tan recia especialidad viril que no dejaría lugar a dudas a cualquier experto. Recuerda, por cierto, este retrato, los de nuestro Ganivet, de carácter muy parecido al de Amiel, y cuya vida efectiva pasó aquel misterio doloroso. El parecido del cuerpo es aquí, como siempre, seguro indicio del parecido de las almas, y no es la primera vez que pienso que Ganivet no se hubiera suicidado si hubiese sabido, como Amiel, ventilar la atmósfera cargada de su alma con la válvula de su diario. Y también declaro que Amiel, sin su diario, que, como todo diario, es un suicidio lento, pudo arrojar al lago Lemán antes

de los cuarenta y un años. Otro retrato nos lo presenta a los cincuenta y cinco años. Muy envejecido, con todo el aire de los poetas románticos de su época; pero respirando también esa normalidad tan difícil de observar. De acuerdo con estos datos morfológicos está la conducta de Amiel. El tímido por incapacidad huye de la mujer. Amiel no sólo no las huye, sino que pasa la vida obsesionado por buscar la compañía de la mujer. "La felicidad—dice—es la sociedad de las mujeres. Al lado de ellas me esponjo como el pez en el agua y como el pájaro en el aire". Pero Amiel, hombre especificado, buscaba, entre tantas mujeres como tuvo, a una sola mujer; a una mujer tan ideal, que se murió sin haberla encontrado. Un ideal realmente de superhombre, y por ello estrictamente monogámico; pero sólo el hallazgo de una mujer única podría hacerle feliz. "Feliz el que encuentra a una mujer enérgica y pura—escribe—compañera de las noches y de los días, apoyo de la juventud y de la vejez, colaboradora de los trabajos y eco de la conciencia". He aquí retratado el fantasma que persigue en vano. Pero Amiel ignoraba que esa mujer ideal no se encuentra casi nunca, porque, por lo común, no es obra del azar. El ideal femenino, como los demás ideales, es preciso construirlo con barro propicio, claro está; pero lo esencial es construirlo con el amor y el sacrificio de todos los días, exponiendo para ello en un juego arriesgado, a cara o cruz, el porvenir del propio corazón. Por eso, cuando se sabe si la mujer elegida es la mujer ideal, el día de la boda está ya tan lejos, y la cabeza tiene tantas canas, que si no se acertó, hay que resignarse a la equivocación para siempre.

En el caso de Amiel, la documentación referente a este punto es preciosísima. Toda la vida Amiel está llena, en efecto, de la obsesión amorosa. De una parte, su virilidad envía el impulso de conocer el misterio; de otra parte, sus escrúpulos infinitos le impiden una y otra vez levantar el velo del instinto. Él mismo confiesa que desde niño la sexualidad fue su Némesis y su suplicio. Y se entregó a una castidad persistente, erizada en noches inquietas y de lecturas eróticas, hasta que un día, a los cuarenta años, tuvo su primera aventura amorosa completa con una mujer.

**La primera aventura.**—Los antecedentes y la consecuencia de esta aventura han cambiado por completo su concepto sobre el amor, y constituyen, por otra parte, uno de los documentos más útiles que hoy tenemos para la interpretación del instinto masculino. Hay aquí tres puntos esenciales: primero, la perfecta naturalidad con que ocurrió. Imaginemos a este hombre, obsesionado durante cuarenta años, día tras día, por la mujer, y ya en la inminencia de llegar a la clave, y en una edad en que se da a todas las cosas, y sobre todo a éstas, toda su trascendencia. Su emoción—pensamos—sería infinita. Sin embargo, el 5 de octubre, víspera del acontecimiento, escribe

las mismas impresiones de siempre: visita a unos amigos para felicitarlos por el casamiento de una hija; se pasea al sol después de almorzar, lee un bonito artículo, aprovecha bien su tiempo, revisa temas para las próximas lecciones; en fin, lo de todos los días. Tan sólo una alusión brevísima a la noche anterior, "llena de tentaciones". Finalmente, una referencia discreta a una carta "escrita en un papel rosado, con el cual se paseó bajo el cielo azul". Y termina: "¿Qué pasará mañana?" Y esta mañana, el 6 de octubre, empieza también con las anotaciones cotidianas del tiempo: trabajo por la mañana, recibo la visita de una vieja señora de Berlín. Y luego nos relata la aventura única y trascendente, los minutos en que se resume toda su vida de varón, con la perfecta tranquilidad con que cualquiera de los demás días anota sus lecturas y sus paseos. Al día siguiente declara que la formidable aventura en nada ha cambiado su vida: pasea con otro profesor, visita una Exposición de frutas y legumbres, juega al billar, hace juegos de manos para entretener a unas jóvenes, y nada más. La vida sigue como antes; ¿Qué clase de hombre es éste?, se preguntan con asombro. Yo respondo: Sencillamente, un hombre. Este hombre que, por serlo, se desvió de su aptitud instintiva para el vuelo excesivamente especificado de la gran aventura amorosa, considera un episodio entre las demás actividades de la vida la pérdida de su virginidad. No representa para él nada trascendental, porque tiene, sin darse cuenta, la conciencia profunda de su capacidad. No se cree, como los jovencuelos, superior por haber tenido una amante.

**Las mil y una noche del amor.**—Para los tímidos por inferioridad esta experiencia victoriosa hubiera sido la liberación; para Casanova, tema de varios capítulos de novela erótica; para Amiel, media página absolutamente serena. ¿Qué encuentra en el amor físico? En apariencia nada más que una lección, desde luego radical, porque el amor no se conoce en un día, como él supuso con petulancia, sino que requiere, por lo menos, "las mil y una noches" de la leyenda. Con palabras de perfecta exactitud expresa Amiel este sentimiento: "¿Cómo voy a llamar a la experiencia de hoy?"

Otra consideración que sugiere esta historia es la más instintiva y también la menos comentada. Me refiero a la actitud de la heroína de la aventura y en general de todas las mujeres que rondaron en torno del autor del diario. Esta actitud es quizá extraña, de fervor apasionado e inquebrantable ante el gesto retraído, frío y egoísta del varón. Y no cabe duda que la seducción existió bajo tan poco grata apariencia. El mismo Amiel confiesa, a los treinta y nueve años, muy satisfecho: "Ejerzo un magnetismo especial sobre las mujeres más fuertes y voluntariosas, a las que domino sin proponérmelo, porque al fin yo soy siempre quien recibe las declaraciones". Nadie podrá calificar de fatuas estas frases. El